

La serie animal propone al lector una mirada insólita
sobre nuestros vecinos en la Tierra.

Otros títulos de la colección:

Hormiga

Charlotte Sleigh

Cucaracha

Marion Copeland

Perro

Susan McHugh




melusina

Para Mik

Título original: *Dog*

Published in Spanish in 2007 by Editorial Melusina, Barcelona
Originally published in the English language in 2004 by Reaktion
Books, London
Copyright © Susan McHugh 2004

© De la traducción: Marta Alcaraz

© Editorial Melusina, S.L., 2007

www.melusina.com.

Reservados todos los derechos de esta edición.

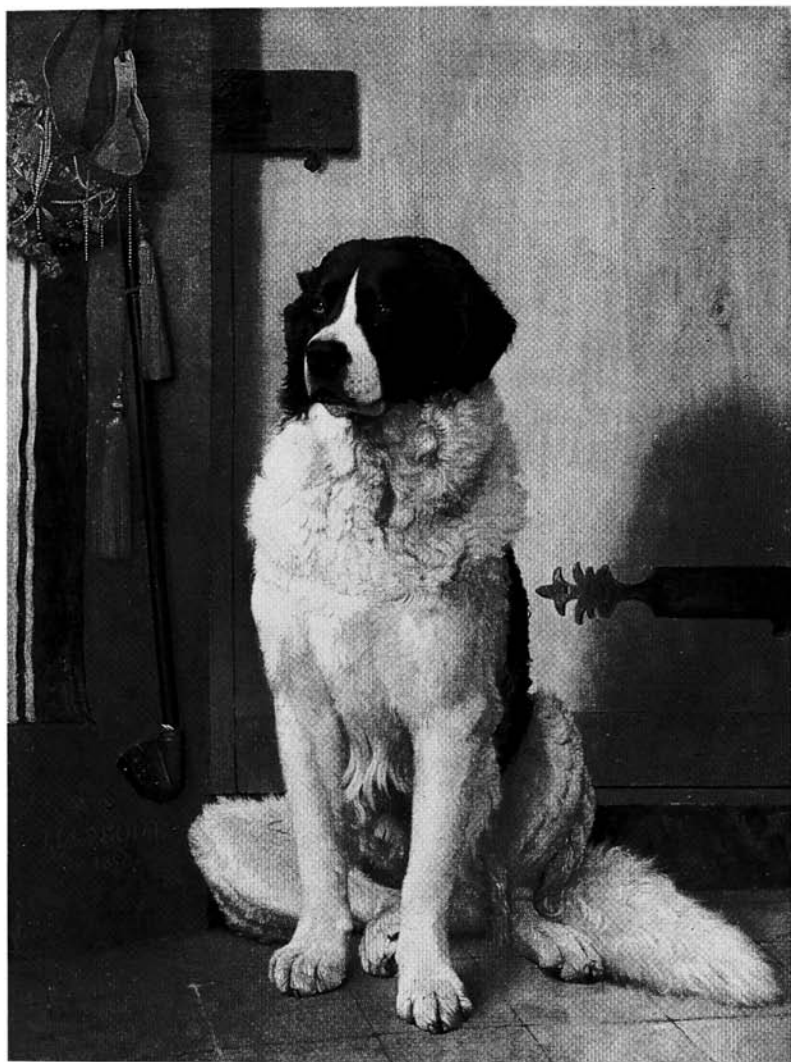
ISBN-13: 978-84-96614-14-7

ISBN-10: 84-96614-14-X

Printed in China

Contenido

- 1 El origen del perro 7
 - 2 El perro de raza 58
 - 3 El perro mestizo 127
 - 4 El futuro del perro 171
- Cronología 200
- Notas 202
- Bibliografía 219
- Asociaciones y páginas web 222
- Agradecimientos 225
- Créditos fotográficos 226
- Índice 228



Estudio de un terranova (1852), de Jean-Léon Gérôme. Óleo sobre tela.

1 El origen del perro

El problema de escribir un libro sobre los perros es que miles, si no millones de personas, ya lo han hecho antes. Existen infinidad de libros sobre estos animales —a su vez numerosísimos—, y quizá por esta abundancia, cuanto más exhaustivos son, menos coherente es su contenido. El afán por incluir la mayor cantidad posible de información los sume en un desorden tal que termina aburriendo incluso a los especialistas. Por lo general, son libros que fracasan al abordar un intento serio de clasificación y que, con su desorden, amenazan con confundir al lector. En este caos, sin embargo, se mantienen fieles al carácter ambiguo de nuestra experiencia con los perros como compañeros; y es que la dificultad de explicarlos —y de explicar lo que les ha llevado a ocupar un lugar central en el seno de la experiencia humana— refleja nuestro esforzado empeño por definir su naturaleza.

Limitar el objeto de nuestro análisis al tipo de perro más familiar, *Canis familiaris*, no mejora las cosas. Este grupo de animales presenta la mayor variedad morfológica y de dimensiones de todos los mamíferos. Su peso puede oscilar entre los 500 gramos y los 100 kilos, y su descendencia siempre es fértil. El perro presenta la zona de distribución más amplia de todos los cuadrúpedos (sólo superada por la de otros mamíferos, los humanos), y es el primer animal que el hombre domesticó, hace ya varios miles de años. Los híbridos nacidos de su cruce con otras especies como coyotes, cha-

Anuncio publicado en *The Maine Sunday Telegram* (2 de marzo de 2003).

«¿Estará su perro buscando un *snack* más grande?».



cales y lobos, son fértiles (cualidad que, dicen, llevó a Charles Darwin a desistir de determinar «con seguridad» el origen de esta especie).¹ La diversidad morfológica, la distribución, la historia y la fisiología reproductiva del perro son un auténtico desafío para la imaginación del hombre.

Si bien estas características dificultan una representación concluyente del perro, también ofrecen un sinfín de posibilidades a la hora de representarlo. La diferencia de tamaño entre razas como el chihuahua y el gran danés, por ejemplo, inspiró la creación de un anuncio de galletas para perros: el perro grande se come al chico. El reclamo de la marca Jumbone sugiere que el consumidor irresponsable podría terminar viendo cómo su perro se come, literalmente, a otro más pequeño. En un segundo plano de lectura, también

ejemplifica el papel determinante que ha desempeñado la mercadotecnia en la larga historia de la adaptación canina a la cohabitación con los humanos. Heredero del primer alimento comercializado específicamente para perros —unas galletitas que se empezaron a vender en el Reino Unido hace 150 años— este anuncio forma parte de la historia de la relación del perro y el hombre: de animal de trabajo a mascota. Estos usos del perro, que de tan comunes parecen triviales, nacen de la misma complejidad que, durante miles de años y en prácticamente todo el planeta, ha empujado a los hombres a crear nuevos modelos y sistemas de expresión. Aunque la caótica omnipresencia del perro es un auténtico quebradero de cabeza para bibliotecarios e investigadores, dicha ubicuidad va ligada a un rol cultural del animal que, más que resolver, complica la cuestión de su representación.

La evidencia material de la presencia del perro en la vida del hombre, reflejo de un amplísimo abanico de prácticas sociales, resulta más apabullante todavía —incluso para aquellos que no sienten amor por los perros—² cuando consideramos su correspondencia directa con las enormes poblaciones de estas criaturas. Como la historia de los perros como especie no resulta demasiado clara, estos animales, como individuos, son objeto de una interpretación confusa y contradictoria por parte del hombre. En la actualidad, las amenazas para los perros son muy reales: exterminados a millones cada año —mascotas rechazadas, perros callejeros o animales de laboratorio—, los perros domésticos están condenados a las penas y a las alegrías de la supuesta «buena vida», y también a las matanzas —a una escala sin precedentes— a los que los más pobres de la tierra y la mayoría de las especies animales están hoy expuestos. Las posturas encontradas acerca de los perros —íntimamente relacionadas con nuestra percepción del otro— vienen de muy lejos y arrojan luz sobre estas contradicciones actuales.

Los perros del panteón de la Disney son los mejores embajadores de esta ambivalencia; y nada pone más de manifiesto esta afirmación que la adivinanza infantil: «Si Pluto es el perro de Mickey Mouse, entonces ¿qué es Goofy?». Aunque en el patio de recreo la pregunta suene un poco tonta, sitúa a estos dos iconos globales en los dos extremos de nuestra postura hacia los perros. En un extremo está Pluto, la mascota querida y fiel, cuyo nombre de resonancias clásicas y su carácter mudo y afable preservan su «privilegiado» estatus de «animal personificado». En el otro, Goofy, el colega torpe y atontado que, a pesar de los privilegios del lenguaje, de las herramientas e incluso de su cualidad bípeda, queda muy lejos del ideal tanto humano como canino. Vilipendiado o «despreciado» en ocasiones, el atractivo de Goofy es el del «humano degradado»,³ crítica que se suele dirigir a los perros de modo tanto espontáneo como irónico. Si lo consideramos un esperpento del cómic, Goofy no se aleja dema-

Tira cómica del libro *49 Dogs, 36 Cats, & a Playtipus* (1999).

«Antropomorfismo: ahí es dónde está el dinero.»



"ANTHROPOMORPHISM — THAT'S WHERE THE MONEY IS."

siado de figuras como Zip Coon, uno de tantos personajes «animalescos» del teatro de variedades estadounidense que no tardarían en dar el salto de los escenarios a la tira cómica. Hoy, cuando los productos de la Disney se abren paso en los mercados de todo el mundo, estos pares antitéticos, —Goofy-Rover y Pluto-Fido— evocan fuertes sentimientos acerca de los perros y encarnan las distintas historias culturales que influyen en las relaciones entre los espectadores y también en las de éstos con otros animales.

Por fortuna, la omnipresencia de la raza canina favorece una revisión constante de estas ideas. Sea un payaso vestido o un mudo desnudo, el perro de esta doble concepción de la Disney es un legado a favor de la creación y la maleabilidad de los arquetipos caninos: en el siglo XX Fido se convirtió en acrónimo tanto de las monedas falsas [*Freaks, Irregulars, Defectives and Oddities*] como de un sistema de dispersión de la niebla [*Fog Intensive Dispersal Operation*], mientras que Rover fue la primera estrella de cine canina y también, gracias a la película de 1904 *Rescued by Rover*, un nombre de perro muy popular. Juntas, estas caracterizaciones extremas se erigen en una lección magistral de antropomorfismo, de la proyección de concepciones acerca de los humanos sobre el cuerpo de un animal. Su periódica encarnación en personajes perrunos de la Disney —*El extraño caso de Wilby*, *101 Dálmatas*, *Air Bud*—, serios y reformulados década tras década, refleja a su vez la inestabilidad inherente del estatus natural y cultural tanto de los perros como de los humanos. Goofy y Pluto, que encabezan la lista de personajes caninos más populares, no se limitan a reflejar o inculcar jerarquías sociales inamovibles. A menudo, dichos personajes también inspiran críticas de las relaciones sociales establecidas y nos ayudan a imaginar otras relaciones distintas.

Para comprender el modo en que los perros se han hecho con esta posición cardinal, este libro plantea algunas cuestiones acerca de los enfoques históricos de la literatura y el pensamiento acerca

Imagen de la película de Charles Barton *El extraño caso de Wilby* (1959).



de estos animales; muestra cómo y cuándo los perros funcionan como objetos estéticos, sexuales y científicos, y presta especial atención a las contribuciones de estos animales a las transformaciones sociales y culturales. El primer capítulo examina la controvertida aparición del perro doméstico —el cánido más familiar— en los albores de la civilización y revela la intersección de las diversas teorías sobre sus orígenes biológicos con otras perspectivas filosóficas y lingüísticas. En cuanto animal que emerge entre (y en ocasiones, se cruza con) otras razas, el perro desafía las nociones históricas centradas en una sola especie, lo que explica lo problemático de su posición en el orden taxonómico. Aunque no resulte difícil aceptar que las representaciones culturales populares del perro son distorsiones voluntarias de una realidad natural y lógica, estas distorsiones, a su vez, nacen de una construcción de la propia «naturaleza» del perro que establece conflictos específicos (y entre) las culturas humanas a lo largo de los tiempos.

La definición del perro, al igual que la del ser humano, está a merced de los intentos científicos por fechar el origen de las espe-



«David como pastor», Salmo 26. Salterio de Teodoro, obra de Teodoro de Cesarea, siglo XI.

cies. Investigaciones genéticas dirigidas a explicar los patrones de reproducción cruzada de los perros y la similitud de estos animales con otras especies sugieren que la aparición del *Canis familiaris* se remonta a unos 500.000 años.⁴ Las anomalías reproductivas del perro, sin embargo, complican las conclusiones de dichas investigaciones. Los lobos, los chacales y los coyotes se han cruzado con el perro durante millones de años siguiendo patrones difíciles de rastrear; estas poblaciones están tan mezcladas que resulta imposible

adscribir a ninguna de estas especies la ascendencia lineal y directa del perro.⁵ Aunque la genética ha resultado útil a la hora de identificar los orígenes de especies relativamente homogéneas, *Canis familiaris* parece reunir toda la diversidad del grupo de los cánidos, auténtica maravilla biológica que responde a la enorme variedad física que este animal ha alcanzado en tan poco tiempo.⁶ La influencia de la herencia genética interespecífica del perro sobre estos aspectos, sin embargo, sigue siendo un misterio.

Los resultados de investigaciones que han recurrido al rastreo de ADN mitocondrial (mtADN) —material genético que se transmite prácticamente invariado de madre a hija— pueden utilizarse para defender teorías opuestas. La antropóloga Janice Koler-Matznick, por ejemplo, ha concluido que estos datos justificarían la reclasificación del lobo y del perro en la misma especie,⁷ idea por la que ya abogó en el siglo XVIII el taxónomo John Hunter y que fue desestimada por su contemporáneo Linneo quien, debido a la cola vuelta hacia arriba del perro, lo clasificó como una especie aparte en su sistema binómico de nomenclatura (*Canis familiaris*, *Homo sapiens*), sistema que, desde entonces, ha sido el más utilizado en la taxonomía.⁸ En fecha más reciente, Raymond Coppinger y Richard Schneider manifestaron que, según las últimas investigaciones genéticas, el lobo debería considerarse una raza de perro más,⁹ idea que defiende el especialista en lobos L. David Mech, para quien el lobo es «un perro salvaje de gran tamaño».¹⁰ Estos enfoques desarrollan el concepto darwiniano que relaciona adaptación con especiación y subrayan que todos los cánidos descienden de ancestros «lobunos» (no del «lobo»).

Estas disputadas definiciones del «perro» como especie ilustran el difícil empeño de la biología por definir las «especies» sea desde un punto de vista morfológico (según diferencias mensurables), sea desde un punto de vista ecológico (según su adaptación a medios específicos). El sistema de Linneo, que parte de premisas creacionistas, comparte con la mayor parte de los planteamientos